

DEL JUEGO DESPUES

José Joaquín Blanco

Mención

Bueno, si usted quiere, podemos
pelear todavía otro poco.

Proust

1

Ariadna, mesándose el cabello, gime entre su lamentable coro de planideras. Teseo logra incorporarse, en su nave, al horizonte. Y Minotauro, en los últimos forcejeos con la muerte, salpica de su sangre los muros antiguos del laberinto: la dimensión del juego. Por su parte el coro, enfurecido, grita: ¡Teseo, Teseo, hombre indeciso: vuelve! ¡No sea que pronto tengas que arrepentirte! ¡Sin pareja no hay laberinto! . . . Un rumor de caracoles juiciosos apaga la escena y las facciones inapelables de los jugadores —máscaras confundidas— se disuelven para situarse, con el atalaya, desde otro punto de vista.

2

—¿Te gustó el principio, amor?

—No está mal: dos son mundo; uno tal vez universo.

—¡Qué gusto por hacer frases!

—Olvídalo.

—¿En qué piensas, eh?

—Qué extraño todo esto: me siento ya un poco muerta, sabes. Lo dicho: después del amor, la soledad.

—El desamor.

—¿Después de la soledad, el amor. . . ?

—Como quieras. . . ¿No te puedes callar?

3

Aquella mañana desperté a la hora de costumbre y no me atrevía a levantarme. El sol se filtraba por las cortinas y en la semioscuridad del cuarto había un olor a cosa extraña. Cerré los ojos y quise volverme a dormir: no tenía sueño pero me sentía cansada y muy aburrida. La cama era demasiado ancha y el cuarto grande y desconocido. Como una habitación de hotel en una ciudad lejana que, sin embargo, recuerdo haber visitado alguna vez.

Tú te habías ido y tu memoria persistía en instalarse en ese departamento que habíamos amueblado juntos, poco a poco, gozando cada nueva adquisición, cada detalle que tenía que conquistar a base de tiempo la familiar indiferencia de las otras cosas. De pronto, me sentí fría y el contacto de las sábanas y mis piernas me obligaron a imaginarme participando ya de mi propio funeral. Pero eso no duró mucho y por fin salí de la cama para bañarme, vestirme, ir a pasear un rato.

4

— ¡Palabras, discursos, prosa infame! Si, con una chingada, nos separara algo. . . ¡Ilumínate! Habla: estiremos el tiempo y quizás desde los extremos podamos respirarnos a gusto

Mis días transcurren esperando a los que pasan y cuando los tengo cerca insinúo mi necesidad de amor con delicado enigma. Siempre he sido la mujer fea, pero tengo en mis manos el destino de la ciudad y ocupo mi tiempo en tejer y destejer mis venganzas posibles. Los ciudadanos me echaron fuera y ahora ven que ningún agravio queda impune y menos dirigido contra la carne sedienta de una mujer como yo

sí, el tiempo: el tiempo seco y desolado me acompaña y, junto a él, conviviendo entrañablemente, todas mis invenciones

he dejado de tener miedo desde que se me prohibió compartir mi cuerpo

y ahora ellos, los que me temen, los que me desconocen vigorosa y ya no quieren recordar mis facciones de suplicante, haciéndose los desentendidos, quieren ganarse la tranquilidad con el sucio comercio de sus cuerpos; pero quien lleve falsa conversación nunca comprenderá mi enigma

¿Qué me pasa? ¿Por qué este desasosiego? Este pulular de inquietudes por mi piel que me hace sospechosa a mí misma

¡Estate precavida, ahora viene la prueba de fuego: cuando ya eres anciana, cuando tu carne se ha secado a fuerza de virginidad. El momento está próximo: ya viene ese apenas adolescente, desconsolado y ansioso de protección: enardecido como tú y, como tú, violento. Ambos trazados con la mala tinta del desamor. No verá tus arrugas, ni tus senos flácidos, ni tus facciones grotescas. ¡Ven, apresúrate! Tendremos nuestro connubio en esta tierra de mentiroso sol

pero ay de ti, pobre muchacho, niño, la desgracia nunca dejará de perseguirte: una vez satisfecha mi ambición moriré complacida: sin embargo, sé que mi espíritu de muerta no soportará la recompensa ofrecida a mi vencedor y cuando me recuerdes, cuando estreches en otra mis senos maternales, me encarnaré en la venganza definitiva

pero no huyas del destino, muchacho, ya sabré complacerte con el arte que ha inventado mi tiempo de espera, mis años de virginidad: niño, tú resolverás mi enigma

5

— ¡Esos pendejos! Ahora nos pudriremos juntos.

— Nos respiraremos uno al otro: nos fundiremos y compartiremos del todo nuestros cuerpos: por fin, sin trampas ni reticencias.

— ¿De veras?

— ¡Oh! Me siento débil, pero no estoy cansada.

— Yo tengo cosquillas en la lengua, ¿pruebas?

6

— ¡Mujer! Si algún día te vuelvo a encontrar, le dije, te dejaré ir de nuevo. Ella no comprendía nada y miraba impaciente su reloj de pulsera. Habíamos escogido una playa tranquila, bien alejada del puerto, donde el sol parecía

caer con mayor fuerza y el sudor se transformaba burlonamente (no te la pierdas) en una comezón pegajosa que recorría todo el cuerpo. Me limpié el sudor de la frente y bebí un poco de la cerveza.

Yo no la miraba. Intranquilo, molesto y un poco borracho, me quité la playera y fui a nadar un rato. Mi cuerpo se notaría apenas por la interrupción de las olas, cortándolas, quizás desviándolas imperceptiblemente. El cielo y el mar más que azules, estaban: su ausencia de color y el aroma marino que ella nunca podría apreciar como tú (y sobre todo el de esa playa casi desierta) ya estaba anticipando la despedida

HIP, NO: RIP

—Perdóname, nunca más intentaré atraparte en el recuerdo: te dejaré ir y ya no te diré ninguna cosa; tal vez el saludo breve con que nos cruzamos alguna vez confirmará nuestra indiferencia.

Esto le había dicho en el coche, mientras ella esperaba que por fin se me ocurriera cerrar la boca para encender el radio. Apenas lo hice, ella se puso a llevar la música moviendo todo el cuerpo. Y sus contoneos sensuales, la deliciosa tonadilla con que acompañaba los instrumentos lejanos, la sonrisa exacerbada que era la única conversación; todo eso cruzó rápidamente por la carretera, por el campo, y se instaló sobre la arena. Así, con naturalidad: con la misma exactitud espontánea que usamos al conocernos una tarde en el malecón.

Regresé jadeante y listo para el viaje. Tomé la toalla y mientras me secaba le pedí que recogiera las cosas que habíamos puesto sobre la mesita de madera que nos había llevado el chamaco moreno a quien, luego, le pagué las cervezas. Caminamos al auto sin decir palabra: era como un rito funerario, nadie se atrevería a quebrantarlo y así llegamos al puerto. Sin mirarnos ni una vez a los ojos.

7

Nos encontramos de pronto tú y yo solos, en el laberinto; aprovechando que te distrajiste me alejé y me perdí por un rumbo diferente. Me gritabas, perdiéndote más al buscarme y yo sentado, fumando tranquilamente, me hacía el sordo. Por fin respiraba a gusto. Me habías metido en tu laberinto doméstico y toda mi libertad consistía en escoger, exceptuando las horas de la noche, entre la sala o el estudio. A veces me atrevía a salir un rato a la calle; exponiéndome a varios días de silencio enfadoso.

—Te quiero mucho —gritabas.

—Ya lo sé —me decía.

—He sido muy posesiva, lo comprendo, pero cambiaré.

— ¡A otro con esos cuentos! —y me sonreía al levantar el tono de voz del pensamiento.

—No voy a poder vivir si no estoy contigo.

Me exasperé y no pude contenerme:

— ¡Yo sí! Soy una persona completa, ¿sabes? Tengo mis dos pies, mi boca, mis manos. ¡Estoy fastidiado de ti! De tu sujeción melosa y . . .

Me atrapó. Siguió el hilo de mi voz y me halló. No quise resistirme y al rato me encontré nuevamente en casa.

Luego supe que ella misma había edificado también ese laberinto.

8

Pensé cambiar el decorado del departamento, vender algunos muebles para sustituirlos por otros que tú no podrías ni siquiera imaginar. No me caería mal del todo dejarme crecer el pelo y mandarme a hacer nuevos vestidos.

Pero desistí porque eso picotearía a la memoria, perpetuaría la angustia que había sentido en el panteón, cuando los sepultureros, después de tirar la caja en la fosa, echaron las primeras paletadas de tierra con un ruido lamentablemente hosco.

Entré a desayunar en una fonda llena de espejos. Sentada, mirándome de reojo, me di cuenta de que seguía siendo la misma: pelo castaño corto, cejas gruesas, ojos grandes, nariz afilada y esa particular línea de labios que a ti te gustaba acariciar cuando, satisfechos y exhaustos después de hacer el amor, mudábamos nuestra joven violencia erótica por una ternura casi infantil.

?

La mesera me sirvió café con leche y bizcochos. Era alta y cojeaba. La pierna derecha, más delgada, se protegía con una venda enrollada desde el tobillo hasta la orla del vestido (correctamente negro, con algunas florecillas blancas: de sirvienta). Y se me ocurrió, aunque no era el momento adecuado para esos recuerdos, que estaba jugando un poco a la prolongación de la rayuela, como los niños-adultos, brincando con precisión solemne, tiesa, de mal resorte.

9

La camioneta funeraria estaba casi vacía y nos contagiaba esa ambigua sensación de malestar que se produce la víspera de los grandes acontecimientos: esa atmósfera de inquietud agazapada, de silencio sospechoso: ese flujo extraño al que Luis, dos asientos adelante, podía vencer con su rumor como de mar. Por otra parte, las tiendas y sus aparadores; los anuncios de neón que comenzaban a encenderse; las personas que corrían a refugiarse bajo toldos y aleros; el chofer que nos miraba distraídamente por el espejo mientras esperaba la señal del agente de tránsito apostado junto al semáforo descompuesto que nos confundía irradiando estúpidamente con sus tres luces. Luis volteaba sin escrúpulos, irónicamente. Y ese sentirnos a nosotros mismos como actores de uno de esos films que comienzan con una visión melancólica de la tarde mientras se sobreponen a las figuras grandes letreros. Y así, mirándonos fijamente —tú y yo— con la falsa seguridad de quien relee una novela policíaca o filma la escena crucial de una comedia de enredos que ya conoce, vimos que Luis, sosteniéndose en los bordes de los asientos vacíos —sólo las dos parejas de nuestros padres, Luis y el chofer nos acompañaban— venía hacia nosotros.

Se sentó en la butaca contigua.

—¿A poco le eres fiel? —me preguntó.

Decidimos tomarlo por sacrílego: impertinente, además: no le hicimos caso, ¿eh?

10

—¿Amor es más laberinto?

11

Aunque las luces de los edificios escurrieran al mar y se reflejaran un poco, por su viaje, en la superficie, antes de bajar a compartir el regocijo de los peces profundos, nos miramos y cada uno reconoció en el otro su propia búsqueda, aunque habíamos cambiado mucho. Nos saludamos y fuimos a pasearnos por la calle principal, adornada por dos hileras de puestos humildes con dulces, objetos regionales, ropa y tarjetas de panoramas. Le compré un ancla de plata y ella —juntos en el Misterio— me regaló un caballito de mar (¿por qué no habíamos de mirarnos, de abrazarnos, a pesar de la convención

antigua, si ambos eramos visitantes y visitados?). Los barcos que acababan de llegar al puerto, con sus nombres absurdos: *El perro*, *Lupita*, *Frenesí*, competían en juego de luz y viajeros. Pero nosotros, nuevamente desconocidos en el encuentro, mirábamos desde una banquita de mampostería.

12

Fui luego a pasear a Chapultepec. Recorrí avenidas y andadores que entonces, una mañana cualquiera en día de trabajo, vacíos de gente endomingada, tenían un aspecto de paisaje artificial. Era un bosque y no el parque recreativo que tenía cuando niña. Me compré un helado y me puse a tararear una canción de moda que acababa de escuchar en el radio de un muchacho, posiblemente estudiante, que no quería ir a la escuela y se había ido a gastar allí las primeras horas de la mañana —había que salir temprano de casa, lo sabes, para que mamá no se diera cuenta.

—Al grano.

Eran apenas las once y el lago estaba tranquilo. Alquilé una lancha y tuve una hora muy apacible, remando por las orillas, cerca de los barrenderos que recogían papeles, hojas secas, botellas de refrescos y cervezas, una pelota desinflada y un zapato de mujer que yo todavía había visto, desesperadamente, flotar.

Acostumbrábamos ir los domingos al campo. A veces solos, a veces con los suegros y casi siempre con los amigos. Llevábamos tortas, refrescos, ron o tequila y nos tendíamos a la sombra, después de excursionar un rato o de haber corrido un juego —juego, que nunca se sabía cuál era: empezaba como fútbol para terminar en una persecución que revivía de algún modo aquellos juegos infantiles de personas encantadas.

Aquí sonreí, tal vez contenta.

Nos conocimos en una reunión: discutimos, cantamos, hicimos chistes y bromas, oímos música y bailamos un buen rato. En la madrugada, al despedirnos, ofreciste llevarme a casa pero mientras recorríamos las avenidas (como iluminadas para nosotros) preferimos salir y ver cómo amanecía desde las afueras.

¿Luego? Muchos paseos así, frecuentes visitas a hoteles curiosos, antiguos, pintados de azul o verde claro, con antesalas vacías de muebles forrados con piel negra; cuadros que nadie quería ver: paisajes, bodegones, rostros de muchachas francesas muy siglo XIX. Siempre, ahora que recuerdo, había una sirvienta limpiando el piso. Los jaboncitos junto al lavabo —pequeños para que nos los robáramos sin remordimientos— habrían de unir la memoria. ¿En qué hotel estaba esa toalla azul, con letras negras?

ESTA TOALLA FUE ROBADA DEL HOTEL. . .

¿cuál? No cabe duda, estoy perdiendo la memoria; pero la metí bajo el abrigo, extendida en la espalda, y cuando preveíamos que algún amigo usaría el baño del departamento no olvidábamos dejarla ostentosamente en el toallero:

EstaToallaFueRobadaDelHotel. . .

¿cuál?

Nos casamos después de año y medio: ajá.

13

Luis me tomó de la mano y bajamos juntos de la camioneta. Me llamabas desde tu lugar con las manos en bocina y toda la tarde era como la presencia fugitiva de nuestro sueño de independencia, como un nuevo cuerpo del amor que brota de repente rompiendo la moldura fija que lo cubre. Luis me besó la mejilla y alcanzamos a mirarte y eras, con el rostro adherido al cristal de la

ventanilla, como una estampa de sorpresa y de indignación.

Al día siguiente me desperté al lado de Luis y, sin embargo, tuve que despedirme: hice mis maletas y regresé a casa: había cubierto mis orejas con la cera prudente y pude llegar a tu comprensión: después de colocar mis maletas en el suelo, como si fueran cajas de comestibles, dejé el abrigo sobre un sofá y me dejé conducir cariñosamente a la recámara.

|

14

Te dije adiós y no quisiste contestarme. Quizás la vi por el espejo (aunque, bien mirado, sería transgredir las reglas del juego) y repasé por última vez su figura: pelo castaño corto, cejas gruesas, ojos grandes, nariz afilada y esa particular línea de labios que me gustaba acariciar cuando, satisfechos y exhaustos después de hacer el amor, jugábamos a la ternura infantil.

|

Avanzaba en mi coche por rutina, me dolía la cabeza y los ojos se me cerraban de sueño. Siempre que bebo cerveza me pasa lo mismo y, además, pierdo fuerza: se me filtraba a la mente lo que no quería recordar. La primera noche, en el hotelito, me pasó lo mismo y así (¡la toalla!), un poco inconscientemente, había hecho el amor a través de sensaciones nuevas.

Entonces me acordé de la muchacha en la carretera. Era muy joven y algunas veces parecía bonita. Llevaba su mochila a la espalda y vestía pantalones azules, rompevientos y un paliacate rojo anudado al cuello. Platicamos durante el trayecto y no hicimos cita ni cuando la dejé en un sitio de taxis, cerca del malecón.

|

—Era muy otra cosa— pensé.

Tomé la autopista al leer el letrero misterioso y sentí que era cómodo regresar a las costumbres, a enfrentarme a la vida cotidiana que había escogido hacía mucho tiempo; pero ahora bien solo y rencoroso y seguro de no hallar puerta escondida.

—¿Vienes sola?

—No, venimos en grupo: somos doce cuates; pero cada quien se consigue un aventón. Quedamos en reunirnos en el Hotel. . .

¿Cuál?

—Es más exitante —prosiguió—, más vivir las vacaciones. Si yo quisiera. . .

Y le escuché voz funeraria: tristeza cínica: ánimo derrotado y un poco viejo.

|

Apenas llegara al departamento iba a recibir una llamada telefónica y yo no quería que se repitiera el cuento por mi culpa. Pero, de cualquier modo, me habían echado de la escena. Definitivamente fuera del juego, a no ser que accediera a representar el último acto: el después del juego.

|

—Eso nunca —pensé, convenciéndome.

Porque la esquila y el velorio, la carroza solemne de la institución (y la presencia mala de Luis), las facciones aquejumbreadas de los amigos y de los parientes me habían desanimado y nunca (¡nunca, lo oyes!), aunque te pusieras a perseguirme con tu infalible oficio: la técnica del mimo, aunque no te apartaras ni un momento de mi memoria, iría a petrificar el sepulcro: convidado a fuerzas.

—¿Ya llegaste, amor?

—Tú qué crees. . .

— ¡Ay, qué sangrón! Una pregunta tan natural. . .

Colgué la bocina y sinceramente no me acordé de la playa ni se me ocurrió sacar de la maleta el caballito de mar que me habías regalado en tu visita.

R.I.P.
CARMELA Y ROBERTO
28 de DIC. 1970

10

Acababas de terminar la carrera y estabas trabajando en la compañía de seguros. Yo nunca fui buena estudiante y aproveché la oportunidad para dejar los estudios definitivamente. Entré a trabajar a la agencia de noticias.

Era lo ideal, pensábamos, cada quien vivía independientemente buena parte de nuestro tiempo; compartíamos las tardes, las noches y los días de fiesta. Así, nunca encontramos que nos faltaban cosas qué decirnos.

Ibamos al cine dos o tres veces por semana y luego cenábamos algo en la calle. Más que de esposos nuestro comportamiento era el de dos jóvenes camaradas que no se resuelven a acostumbrarse de fijo: por eso, teniendo ya el departamento, muchas veces pasábamos la noche en moteles, fuera de la ciudad. Pero nos íbamos identificando y nos dábamos cuenta de ello; dejábamos que las cosas siguieran su curso —ellas saben su onda mejor que nosotros— cuyo principio, un poco sin querer, les habíamos impuesto. Sin embargo, cuando uno avisaba por teléfono que iba a llegar muy noche, por ejemplo, porque había encontrado a un viejo amigo y quería conversar con él, el otro hacía como que se alegraba y le deseaba que pasara un rato muy agradable. Luego, al encontrarse en soledad, sentado en el sofacito del departamento, evitando el reloj, se impacientaba y a veces sentía hasta verdadera angustia que, por supuesto, no era óbice para que se trocara súbitamente en excelente amor cuando llegaba su pareja.

Pasaron cuatro cisnes y después un pato que no hacía sino ir picoteando el agua. Las orillas ya estaban limpias. Los barrenderos ahora se dedicaban a recoger basura de los prados. Regresé al embarcadero y acomodé la lancha entre las demás, que se meneaban tranquilamente: juntas: contiguas en lazo de amistad: sin exigir más unión que los golpes secos cuando, al introducir mi lancha, desbaraté por unos momentos el equilibrio ejemplar.

Los adolescentes habían salido ya de las escuelas y alborotaban en todo el bosque, con cierta ingenuidad fingida, con gusto morboso que se tradujo no solamente en el piropo grosero que uno de ellos me dijo, como quien no quiere la cosa, sino también en sus risas, en la manera de caminar, en el clásico pantalón desfajado y, algunas veces, en el cabello largo firmemente dominado por la brillantina.

Tenía mucha hambre. Entré a un restaurante cercano pero la cortesía estereotipada de los empleados, la indiferencia lujosa de un lugar (ojo: no hay simbolismo) donde entra mucha gente, las reglas de higiene repelentemente bien observadas: palillos y popotes en sobrecitos, por ejemplo; el personal uniformado según la jerarquía, los vasos, las servilletas y los adornos de plástico con el distintivo cursi de la empresa: todo esto era bien desagradable. Ni siquiera busqué asiento.

Caminé de regreso al departamento, tranquila, después de tres meses de querer engañar la ausencia con recuerdos; decidí no modificar nada por el momento ni premeditadamente sino así, con el tiempo, conforme naturalmente me fuera apeteciendo. Allí seguiría mi vida, respaldada por un orden que también era tuyo, por una memoria satisfecha.

—¿Satisfecha?

Continuaría las cosas y relaciones que había emprendido. Y buscaría otras. Lo poco que quedaba de ti, del amigo muerto, estaba conmigo y de ninguna manera consentiría en matarlo completamente, del todo. Te dejaría

